

# MORIR EN NOVIEMBRE

*Guillermo Galván*

HarperCollins  
*Policiaca*

# MORIR EN NOVIEMBRE

*Guillermo Galván*



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

Morir en noviembre  
© Guillermo Galván 2021  
© 2021, para esta edición HarperCollins Ibérica, S.A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos comerciales, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Diseño de cubierta: LookatCia  
Imagen de cubierta: Shutterstock

ISBN: 978-84-9139-698-7

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Kramer](#)

[La dama del lago](#)

[Viejos conocidos](#)

[Origen](#)

[Las ratas](#)

[Notas al margen](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*Para ellas, las de obediente sonrisa y labios  
sellados*

*Mala y engañosa ciencia  
es juzgar por las apariencias.*

Refranero

## Kramer

Desde su atalaya entre mármoles, los ojos de madera del Cristo de Medinaceli contemplan la reverente devoción de sus fieles, pocos a tan temprana hora. En uno de los bancos, alejados de las beatas enlutadas que monopolizan las primeras filas, dos hombres sentados musitan lo que bien podría ser una oración común. El de uniforme, con su gorra de plato sobre el regazo, juguetea con las yemas de los dedos sobre las tres estrellas de ocho puntas. El que viste de paisano acaricia las cuentas de un rosario de plata, pero tampoco reza.

—Lo importante es que todo esté preparado por si llega el momento. Sería imperdonable perder la oportunidad.

—Todo listo, descuide —asevera el coronel—. Saldrá bien, siempre que sus previsiones no se queden en agua de borrajas.

—Me aseguran que el proyecto sigue adelante.

—¿Ya hay fecha?

—Nadie sabe ni el día ni la hora —susurra el civil.

—Lástima.

—Mateo, 25:13.

—¡Ah! Era una cita bíblica.

—En la que el Salvador nos anima a permanecer vigilantes. Mírelo allá arriba, pendiente de nosotros: no nos quita ojo.



—Francamente, más que piedad, esa imagen me provoca escalofríos en la nuca —confiesa el oficial—. Me sucede desde que la vi por primera vez cuando era un mocoso.

—No sea descreído, hombre. Confíe. Podría suceder en el momento más inesperado.

—Dios le oiga.

—Y que a ustedes los pille bien despiertos, mi coronel.

*Sábado, 7 de noviembre de 1942*

La mujer es menuda, de treinta y muchos años, quizá cuarenta. Morena, de facciones afiladas, nariz aguileña y labios finos, tiene los ojos grandes y tristes, rematados por unas ojeras que apenas consigue disimular con suave maquillaje. Viste un abrigo azul de entretiempo sobre una rebeca gris que deja ver una blusa discretamente estampada y una falda negra; un atuendo alejado de toda pretensión estilística que delata su clase social modesta. Ni siquiera luce bisutería en ropa, cuello o muñecas, y sus pendientes son tan diminutos que cuesta descubrirlos entre su media melena de peluquería barata, tal vez simplemente casera. Desde que se ha sentado frente a la mesa de Carlos Lombardi sujeta su bolso con ambas manos, como si temiera perderlo. Ha dicho llamarse Carmen Saavedra y necesitar los servicios de quien tiene delante.

Los clientes suelen estar más cómodos si se confían a un solo interlocutor y, además, tres personas son excesivas para repartirse el aire del cuartucho que Lombardi comparte con Andrés Torralba, de modo que el antiguo guardia de asalto se ha quedado en la sala común donde trabajan la secretaria y los otros cuatro agentes que completan la plantilla de la agencia Hermes cuando no andan pateando calles. Una vez a solas, el expolicía pone en marcha el protocolo.

—Antes de aceptar un caso, necesitamos conocer ciertos detalles. ¿Sería tan amable de explicarme el motivo de su preocupación?

—Un amigo mío lleva seis días sin dar señales de vida.

—¿Debería haberlas dado? Lo mismo está de viaje u ocupado en sus asuntos.

—No tenía ningún viaje previsto —rechaza ella con firmeza.

—Puede haberle surgido alguna urgencia.

—De ser así, me habría avisado.

—¿Por qué está tan segura?

—Siempre lo hace en estos casos.

—Bueno, vamos por partes. ¿Cómo se llama su amigo?

—Luis Kramer.

—Con ese apellido... ¿Es español? —pregunta mientras anota el dato en la libreta de mesa.

—No señor, es alemán.

—¿Alemán? —se sorprende Lombardi. Esa palabra le huele automáticamente a amenaza. Un súbdito del Reich desaparecido en España solo puede explicarse de dos maneras, y en ambos casos con la Gestapo de por medio: repatriado a la fuerza para ocupar plaza en un campo de castigo o directamente convertido en cadáver y arrojado a un basurero de las afueras. Puede haber una tercera: que haya tomado las de Villadiego y no tenga el menor deseo de que le hagan el favor de encontrarlo.

—De padre alemán y madre portuguesa —matiza ella—. Kramer Forcada, se apellida. Y el nombre es Ludwig, o como se diga en ese idioma. Aunque lleva aquí toda la vida, desde los seis o siete años, y todos lo llaman Luis. Como si fuera español.

—Pero no lo es. Así que le recomiendo que se dirija a la embajada alemana.

—Yo no sé manejar en esos sitios.

—A lo mejor la policía la saca a usted de dudas. Vaya a la comisaría de su barrio.

—La policía tiene mucho que hacer y no creo que me preste atención —alega ella con una mueca que pretende ser conmovedora—. Prefiero ponerlo en manos de un detective. Ustedes se encargarán de todas esas gestiones, ¿verdad? A mí no me harían ni caso.

—Así trabajamos, señora Saavedra. Se lo decía porque una investigación de este tipo suele ser cara, y si usted...

—No me importa el precio. —La mujer abre el bolso y en su mano temblorosa aparece un cilindro de papel coloreado que coloca sobre la mesa: un grueso fajo de billetes enrollados y sujetos con una goma. Hay mucho dinero. No es de extrañar que abrace el bolso con ansia indisimulada.

—Por favor, guarde eso.

Carmen Saavedra obedece.

—Pero me ayudará, ¿verdad?

—Veremos qué se puede hacer. ¿Tiene una fotografía del señor Kramer?

De nuevo, las manos femeninas se sumergen en su pequeño cofre del tesoro y al cabo entrega una foto a su interlocutor, que alza las cejas, confuso, al observar lo que tiene delante. Es una foto tomada en un tingladillo de feria, de esas en las que metes tu cabeza en el agujero practicado en un panel de cartón piedra y apareces, según el escenario dibujado, como almirante en un destructor, vaquero del Oeste o directamente como asno de largas orejas con cara humana. En este caso, se trata de una composición humorística, aunque no poco ácida: un médico, una enfermera y un hombre en paños menores tumbado en una camilla; ella enjuga la frente sudorosa del doctor con un pañuelo mientras este corta la pierna del paciente con un serrucho.

—Usted es la enfermera —aventura por fin, una vez recuperado del impacto.

—Sí señor. El médico es mi marido, que en paz descanse; y el enfermo es el señor Kramer.

—¿Es la única foto que tiene? —Ella asiente en silencio—. ¿En qué año se hizo?

—En el treinta y uno, en la verbena de San Isidro.

Buenos tiempos, se dice él: con la República recién estrenada, las ferias, primero la de San Isidro y luego las del verano, lucían un jolgorio inaudito; las gentes se expresaban con vociferante alegría, como chiquillos, como si todo fuese nuevo, como si la vida acabase de empezar. ¿Dónde quedó aquello? Polvo y ceniza.

—Hace más de once años —alega para espantar afligidos recuerdos del pensamiento—. ¿Qué edad tiene hoy el señor Kramer?

—Cincuenta. O cincuenta y uno, me parece.

Lombardi observa las facciones del alemán. Un tanto rubicundo, tal vez castaño, de rostro redondo y ojos claros, nariz corta sobre un mostacho de apreciable densidad. Y mal actor, porque ni siquiera pone gesto dolorido ante la escabechina que le practican en la pierna.

—Aquí tenía alrededor de los cuarenta —deduce—. Supongo que habrá cambiado un poco desde entonces.

—No mucho, aunque se nota el paso del tiempo, claro. Tiene algunas entradas en el pelo, ha ganado algo de peso y ahora lleva gafas.

—¿De qué tipo?

—Con montura negra.

—¿Aún conserva este bigote a lo Bismark?

—No tan llamativo, pero sí.

—¿Estatura?

—Me saca cinco o seis dedos.

—Uno setenta como mucho —aventura él—. No es muy alto.

—Comparado con usted, desde luego que parecería bajito. ¿Pero lo va a investigar o no?

—Antes de responder a eso, hábleme de sus relaciones, desde cuándo se conocen, a qué se dedica el señor Kramer.

En fin, esta vieja foto demuestra una amistad antigua, pero necesito actualizarla.

Carmen Saavedra suspira antes de sumergirse en su relato; al principio se explica de forma precipitada y un tanto inconexa, aunque cuando se le calienta la lengua parece hilar las frases con seguridad. Así conoce Lombardi que Carmen, madrileña, casó en el veintinueve con Domingo Cantueso, media docena de años mayor y tan madrileño como ella, empleado por entonces en un taller de electricidad, aunque con el tiempo acabó trabajando para la Compañía Telefónica como instalador de redes rurales y urbanas. Fue a través de su marido como conoció a Luis Kramer, que se ganaba la vida como representante de productos industriales de una empresa alemana, viajando siempre de acá para allá. La guerra les hizo perder el contacto, porque Kramer estaba entonces por Cádiz, donde triunfó la sublevación —aunque ella dice Alzamiento, como obediente sierva del Nuevo Estado—. El matrimonio quedó en Madrid, y Domingo Cantueso, como experto en telefonía, se integró en la unidad de transmisiones de una de las brigadas que defendían la plaza. A primeros de enero del treinta y siete, tras el rotundo fracaso de las tropas del general Varela a las puertas de la ciudad, los facciosos efectuaron un ataque envolvente contra Las Rozas, y en aquellos campos quedó para siempre el buen Domingo, dejando viuda, aunque no hijos.

—¿Pasó usted aquí la guerra? —interrumpe él.

—¿Y adónde iba a ir?

—Claro. Yo también estuve, como policía —confiesa, impelido por un vago sentimiento de solidaridad con la esposa de un defensor de Madrid y para reforzar en lo posible la confianza de la mujer ante quien se le revela como compañero de fatigas.

—¿Lo dejó?

—Me hicieron dejarlo, aunque sigo considerándome como tal. Pero, por favor, continúe.

En las fábricas de munición que no habían sido despanzurradas por los bombardeos trabajó Carmen durante los dos años siguientes, hasta que se consumó la derrota. A partir de ahí, hambre y frío, hambre y miedo, hambre y humillación, aunque ella no se atreve a expresarlo con tanta sinceridad y crudeza ante un desconocido. A mediados del cuarenta, Luis Kramer volvió a su vida. Lloró por Domingo, se preocupó por ella y la sostuvo económicamente hasta que la viuda, poco después, encontró trabajo en una mercería, de lo que sobrevive desde entonces. La relación entre ambos, sin ser estrecha, ha sido recuperada, e incluso se ha establecido cierta vinculación de tipo laboral, ya que Carmen se ocupa de limpiar la casa de Kramer una vez por semana, labor que él abona muy por encima del precio de mercado. Ella ha protestado esta desmesura, pero el alemán trabaja ahora como corredor de seguros y sus desahogados ingresos no le permiten ver en la indigencia a la viuda de su mejor amigo, a la que tiene como una especie de protegida.

—Eso dice él, pero la humildad no es indigencia, ¿no cree usted?

—No lo es, señora Saavedra —corroboraba Lombardi, preguntándose cómo casa esa humildad con el fajo de billetes que guarda en su bolso. No pueden ser ahorros de su etapa de casada, porque el dinero republicano solo es basura. Tal vez Luis Kramer la premia muy por encima de lo que ella confiesa—. ¿Y qué relación los une hoy?

—Somos amigos, ya se lo he dicho.

—Si atiende usted su casa es de suponer que vive solo. ¿También es viudo?

—Soltero. Nunca se casó.

—Ya.

—¿Qué significa ese «ya»? —pregunta ella con una mueca de desagrado.

—Nada de particular: una muletilla. ¿Por qué lo dice?

—Porque me parece que se está haciendo usted una idea muy equivocada de mi relación con el señor Kramer.

—Le ruego me disculpe si he dado lugar a ese equívoco. En todo caso, no es asunto mío lo que puedan tener una viuda y un soltero, a menos que sea importante para la investigación.

—¿Eso quiere decir que acepta investigarlo?

El detective hace una pausa de unos segundos y alza la vista al techo, como si madurase la decisión. Pero solo es escenografía: el caso parece interesante, aunque mucho más por la mujer que por el presunto desaparecido.

—De acuerdo —acepta por fin—. Debe depositar doscientas pesetas para cubrir la primera semana y los gastos iniciales.

Ella vuelve a sepultar su mano en el bolso y rasca durante unos instantes. Saca varios billetes por valor del montante solicitado y los dispone sobre la mesa: con alegría, como si esa cantidad, equivalente a más de la mitad del salario mensual de un funcionario medio, no significase el menor sacrificio para una mujer que ni siquiera alcanzará esa cifra en la mercería donde dice trabajar.

—No, a mí no —rechaza él en tono paternal—. Entréguelo ahí fuera, a la secretaria. Ella le extenderá un recibo. Y, por favor, no vaya enseñando ese dineral por ahí si no quiere tener un disgusto.

La mujer recoge el dinero y se incorpora, dispuesta a cumplir con la liturgia contractual. Lombardi la frena:

—Un momento, que todavía tenemos que completar algunos datos. Su domicilio, por si necesitamos entrar en contacto con usted. —Carmen dicta y él apunta—. ¿Número de teléfono?

—No puedo permitirme esos lujos.

—Domicilio del señor Kramer...

—Calle Montalbán, 13. Quinto derecha.

—¿Tampoco tiene teléfono?

—Sí que lo tiene, pero no sé el número. Nunca me he visto en la necesidad de llamarlo.

—Muy bien. ¿Cuándo fue el último día que vio al señor Kramer?

—El domingo pasado.

Lombardi consulta su calendario de mesa y anota en la libreta: primero de noviembre.

—¿En su casa de Montalbán?

—Sí.

—¿Los domingos adecenta usted el piso?

—No tengo día fijo. Lo decidimos sobre la marcha.

—Y no le comentó nada sobre un posible viaje.

—Nada en absoluto, porque no pensaba viajar ni nada parecido.

—Y cuando limpia usted la casa, ¿siempre está él?

—A veces. Otras, trabaja.

—Lo que significa que dispone usted de una llave del piso.

—Sí señor.

—¿Ha visitado su domicilio desde el domingo pasado?

—Fui el jueves a última hora. Habíamos quedado en vernos esa tarde, pero no acudió a la cita. Pensé si estaría enfermo. Llamé, nadie contestó y entré. No estaba.

—¿Notó algo extraño en la casa, algo que le llamase la atención?

—No, todo era normal.

—Pues tendré que hacer una visita al domicilio del señor Kramer. En su compañía, claro.

—¿Entrar en su casa? —duda la mujer—. No sé si debería...

—Naturalmente que debe —zanja él cualquier objeción al respecto—. Si quiere que actuemos, tiene que facilitarnos la investigación. ¿A qué hora le parece bien?

—¿Hoy? —Carmen Saavedra consulta su minúsculo reloj de pulsera—. La verdad es que me toca cerrar la mercería. Ya tendría que estar allí, que llevo media tarde fuera.



—¿Prefiere mañana?

—Sí, mejor mañana, que es domingo y tengo libre.

—En ese caso, por la tarde, si no le importa —sugiere él—. Esta noche tengo trabajo y no voy a pegar ojo. Dedicaré la mañana del domingo a dormir.

—Pues por la tarde.

—¿A las siete en el portal? No me importa esperar si se retrasa.

La viuda frunce los hombros como gesto de asentimiento. Él se pone en pie y da por concluida la entrevista con un apretón de manos antes de acompañar a la clienta a la mesa de secretaría. Mientras ella se entretiene con las formalidades, Lombardi anota el nombre y la dirección de la mujer y entrega disimuladamente la hoja a Torralba, que se aburre en un rincón con los pasatiempos del periódico.

—Un informe lo más completo sobre ella —susurra—. Y ande con ojo, que la señora lleva lo menos dos mil pesetas en el bolso.

Torralba asiente sin palabras y hace mutis antes de que Carmen Saavedra haya podido reparar en él.

De vuelta al despacho, marca el número de Balbino Ulloa. Su antiguo jefe, renegado de la República en los últimos meses de la guerra, es en cierto modo su avalista, porque consiguió sacarlo de Cuelgamuros hace casi un año para investigar un caso sin cerrar que les había traído de cabeza durante el asedio a Madrid, y además se las ha arreglado para mantenerlo fuera, a la espera de un indulto que, a pesar de los rumores sobre su inminencia, se resiste a llegar. Tras ocupar el puesto de secretario del Director General de Seguridad, los cambios ministeriales lo han llevado al gabinete del Jefe Superior de Policía de Madrid con un ascenso a la categoría de comisario de tercera. Y quién mejor que él para saber si en la última semana se ha producido algún hecho que sugiera relación con el desaparecido Luis Kramer. Cualquier anomalía de orden público en las provincias de su competencia pasa, tarde o

temprano, ante los ojos de Ulloa, que asume de buen grado la petición de auxilio de su antiguo pupilo.

Gabardina al hombro, Lombardi se entrega a un crepúsculo de restricciones eléctricas, petardeo de gasógenos y tranvías chillones. Al pasar por la Carrera de San Jerónimo camino de la Puerta del Sol no puede evitar torcer el gesto: del frontispicio del Congreso de los Diputados ha desaparecido el rótulo que lo definía para ser reemplazado por el título de Cortes Españolas. En julio, Franco había anunciado el ingenioso invento con que pretende dar pátina de dignidad a un poder omnímodo y personal obtenido a mordisco de legionario y disparo de cañón; se trata de la democracia orgánica, mucho más sana que la parlamentaria practicada en España desde la Restauración y que define los, para Su Excelencia, decadentes, sistemas occidentales. Anunciada a bombo y platillo por la prensa, el pasado domingo se ha celebrado la primera elección de procuradores, y el pueblo convocado ha tenido que decidirse entre aquellos candidatos previamente seleccionados por el Régimen, todos con pedigrí de probados servicios al Glorioso Movimiento Nacional. Todavía no han impregnado el sagrado recinto con la acidez de sus sobacos, pero duele imaginar la sede de la soberanía popular convertida en madriguera de sotanas y uniformes; de paniaguados, lameculos y corruptos advenedizos.

Se jura por enésima vez no quemarse la sangre con la brutal realidad. Bastante hace con conservar el pellejo y sobrevivir de un salario miserable; el pasado, pasado está, y no parece que haya asomo de regreso. La cita a la que acude es un ejemplo más de que el mundo conocido ha cambiado radicalmente: hace un par de meses que Begoña, su exmujer, quiere anular el matrimonio religioso que todavía los une; el otro, el civil, ya quedó resuelto con el

necesario divorcio en el treinta y cinco. Pero para el corazón de piedra de la dictadura el divorcio es papel mojado, de modo que siguen oficialmente casados; porque así lo dice la Santa Madre Iglesia, que es quien manda ahora en este y en otros muchos aspectos de la vida.

El documento de disolución, recibido en agosto de manos de un leguleyo experto en derecho canónico, es una sarta de falsedades y despropósitos, y él ha venido negándose a estampar su firma en lo que significa además su declaración explícita de laicismo, lo que en los tiempos que corren puede acarrearle graves consecuencias. Sin embargo, una inesperada llamada telefónica de Begoña hace unos días ha hecho tambalear sus defensas: no es lo mismo rechazar un frío texto legal que a una persona con la que has convivido casi dos años y cuyo roce no ha causado heridas incurables. Y nada se pierde por hablar cara a cara.

El Antiguo Café de Levante está animado a esas horas, en víspera de domingo. Lombardi busca una mesa libre y toma asiento a la espera de que llegue la hora fijada. El lugar de la cita le ha parecido apropiado por familiar, porque ambos lo frecuentaron de casados, cuando él era un prometedor agente del Cuerpo de Investigación y Vigilancia de la República, y ella un ama de casa menor de edad en una ciudad completamente desconocida donde se sentía perdida. Dos almas muy distintas decididas a caminar juntas: tampoco eso existe ahora, pero no puede culparse de ello a los golpistas.

Por fin aparece Begoña, que sonrío levemente al descubrir a su todavía marido a efectos celestiales; va acompañada por un tipo malcarado, trajeado de negro y con sombrero de fieltro de semejante luto, que ocupa otra mesa a poca distancia, la necesaria para tenerlos a la vista sin inmiscuirse en sus asuntos. Es once años más joven que él, así que ya ha cumplido los treinta. La recuerda menos rellenita, pero está guapa. Y elegante, con un abrigo granate de entretiempo que sujeta en su antebrazo, traje

de chaqueta beis, bolso a juego y sombrero a la última moda. Sus ojos, como antaño, siguen cautivando, aunque ahora tienen un matiz entre temeroso y suplicante que refleja manifiesta incomodidad por el reencuentro. Lombardi se incorpora para recibirla y duda si saludarla con un par de besos, pero ella zanja el apuro ofreciendo su mano, que él estrecha con medido afecto.

El camarero interrumpe los preámbulos. Por petición del detective, ha esperado a la llegada de la dama para tomar nota de ambas consumiciones. Ella pide una infusión de manzanilla, y él un corto de cerveza.

—Estás muy guapa.

—Gracias. Tú, mucho más delgado.

—Es lo que tiene el malcomer. Por lo menos estoy vivo, que no todos pueden decir lo mismo.

—¿Y ese costurón de la ceja? ¿De algún bombardeo? Te da un aspecto un poco patibulario, Carlos. Deberías usar sombrero para disimularlo.

Él sonríe ante la sugerencia estilística. Como dice la propaganda comercial, los rojos no usaban sombrero, y llevarlo hoy se ha convertido en un signo de distinción ideológica; pero él ni lo llevaba antes de la guerra ni piensa usarlo ahora, quizá como soterrada reivindicación de su independencia respecto al pensamiento único que, incluso en la moda, se ha impuesto a golpe de zurriago.

—Pues no, el honor de la cicatriz le corresponde a la paz de Franco —responde obviando el último comentario de su exmujer—; gajes del oficio. Me alegro de que sobrevivieras a la guerra. Lo de Bilbao tuvo que ser fuerte.

—Y bien que lo fue, pero yo andaba de vacaciones en Vitoria con mis padres cuando el Alzamiento, y allí no hubo nada. ¿Estuviste aquí todo el tiempo?

—Aquí estuve. Movilizado en mi puesto.

—Siento lo que pasaste. Dices de Bilbao, pero Madrid tuvo que ser mucho peor, por lo que duró.

—Y más que habría durado sin el boicot de Inglaterra y Francia. De no ser por ellos, a lo mejor ahora estaríamos tan ricamente hablando en la capital de una República victoriosa, o en la de una nación ocupada por los nazis, como París. En realidad, casi lo estamos.

—¡Qué cosas dices! Lo que importa es que estás bien.

Bien jodido, matiza él para sí: midiendo el aire que respiras para no llamar la atención, mordiéndote la lengua y agachando la cerviz. Y rogando que el día de mañana sea un poco menos doloroso que el de hoy. Es lo que tiene el miedo, ese miedo oscuro que sobrevuela las cabezas como un aura de plomo. ¿Es que ella no lo ve?

—Se hace lo que se puede para salir adelante —admite sin más comentarios—. Por cierto, ¿por qué nos separamos?

Ella le mira con expresión incrédula, como si no hubiese escuchado bien la pregunta. Pero el camarero sirve las bebidas y tiene tiempo para encajarla antes de responder.

—No me digas que no te acuerdas.

—Hace casi ocho años de aquello, y he recibido muchos golpes en la cabeza —dice, señalando la rotunda cicatriz que ella ha hecho notar—. Me falla un poco, ¿sabes?

—Pero no has perdido el sarcasmo.

—Es de lo poco que me queda sano. Anda, refréscame la memoria.

Lombardi queda a la espera, con un primer trago que casi liquida el vasito de cerveza.

—Pues por eso precisamente, Carlos —replica Begoña, que ni siquiera ha mirado su taza—, porque tu carácter se me hacía insoportable.

—¿Carácter? Seguramente no tengo muchas cosas de las que presumir sobre aquellos días, pero tampoco encuentro ninguna de la que avergonzarme.

—Me asustaban tu seguridad, la firmeza de tus convicciones y la acidez con que las expresabas.

—No era tiempo de dudas.

—Claro que las tenías, pero te las reservabas para el sueño. La de veces que me habrán despertado tus pesadillas...

—Pero si dormíamos en habitaciones distintas —objeta él.

—Esa es otra. Un matrimonio joven como es debido debe dormir en la misma cama, hombre de Dios.

—Ya, y con el perrito en medio. Siempre la puñetera mascota como una Línea Maginot entre nosotros. ¿Todavía vive el chucho?

—Puck murió hace dos años.

—Te acompañó en el sentimiento.

—No te burles.

—He sido sincero, no pretendía ofenderte.

—Y además no querías tener hijos —sentencia ella, y ahora se ha perdido la frescura de su rostro—. No irás a culpar también a Puck de eso.

—No es cierto. Ese argumento que utilizas en la demanda de nulidad y que ya me sé de carrerilla, eso de que yo excluía la dimensión procreativa del matrimonio, es absolutamente falso. Lo hablamos un millón de veces y quien parece haber perdido la memoria eres tú. Quería tenerlos; pero más adelante, cuando estuviéramos más asentados.

—Sí, hombre. Lo que te gustaba era encamarte a todas horas, pero lo otro...

—¿Y a ti no?

—No te desvíes. —Un leve rubor ha coloreado sus mejillas—. El matrimonio es para tener hijos.

—Entre otras cosas, digo yo. Te casaste con veintiún años, eras una cría menor de edad. Y lo mismo cuando nos separamos: no habías cumplido aún los veintitrés. Nadie obliga a tener descendencia antes de los tres o cuatro años de la boda.

—Tú no los querías, pero yo los necesitaba. ¿Eres capaz de entenderlo?

Sí, claro que lo entiende: entre las muchas concesiones que ambas partes deben hacer para el sostenimiento de la pareja, el asunto de la descendencia es de los más peliagudos. Y ambas posturas son igualmente respetables. En ocasiones, eso sí, poco compatibles.

—Comprendo tu frustración, Begoña; como la comprendí entonces, como entendí que quisieras separarte. Pero no tiene sentido volver a discutirlo a estas alturas. Hemos venido a otra cosa. ¿Por qué quieres que firme esa sarta de acusaciones?

—Porque vivo maniatada, Carlos.

—Presa de la Iglesia, claro. Porque quisiste ponerte esos grilletos. Yo te insistí en un matrimonio civil. Sabías perfectamente que toda esa parafernalia me venía grande, que no me gustan las letanías de los curas. Si me hubieras hecho caso, te habrías ahorrado este trago. Ambos nos lo habríamos ahorrado.

—Eso es para los ateos —protesta ella—. Yo soy católica. Y quiero volver a casarme.

—¿Con ese de ahí que nos vigila?

—No hagas bromas.

—Pensé si sería tu novio.

—No, mi prometido no está en Madrid.

—Háblame de él.

—¿Para decidir, según tu gusto, si debes firmar o no?

—¿Tan retorcido me juzgas?

—No. Es que, simplemente, mi vida no te importa un pimiento, Carlos. ¿Acaso te he preguntado yo si andas liado con alguna y que me cuentes de ella?

A él se le escapa una carcajada y apura el corto; de inmediato, enciende un Ideales. Podría hablarle de Irene, se le ocurre, la jovencísima hija de sus vecinos Abelardo y Ramona con quien vivió una breve e inolvidable aventura truncada por las bombas. Irene opinaba que Begoña era una estirada; y tal vez tenía razón, pero no es el momento de abrir más trincheras entre ambos.

—Es una forma muy sutil de interesarte, muy policiaca —dictamina, y de un soplido apaga la cerilla—. No he tenido pareja alguna desde nuestro divorcio. Anda, háblame de tu prometido.

—Lo conocí en Vitoria —acepta ella, con un cabeceo resignado—. Él trabajaba allí, en el palacio de Justicia; después, cuando Franco instaló el ministerio en el treinta y ocho, el ministro, el conde de Rodezno, le llamó a su lado como hombre de confianza.

Vaya, se dice el detective: así que el novio resulta ser un buen partido, uña y carne del muy carlistón y grande de España conde de Rodezno, conspirador en la Sanjurjada del treinta y dos y proveedor de las milicias requetés al general Mola, amén de consentidor en el decreto de unificación que parió Falange Española Tradicionalista y de las JONS. Un tipo que tuvo en sus manos tribunales, prisiones y asuntos religiosos durante más de un año, corto periodo que, sin embargo, le bastó para pulverizar la legislación republicana y cargarse, entre otras muchas cosas, el matrimonio civil y el divorcio. Resulta paradójico que Begoña se encuentre en tan compleja tesitura como consecuencia de medidas apoyadas por su futuro marido, que sin duda ha manejado expedientes a nombre de Carlos Lombardi, tanto penales como eclesiásticos.

—Me alegro de que hayas subido de categoría —responde aparentando sinceridad—. Y supongo que, con tan buenas relaciones, habrás seguido mi rastro en los despachos ministeriales.

—Claro. Aurelio continúa en la delegación del ministerio y me ha puesto al tanto puntualmente desde que estabas en Santa Rita hasta que te sacaron de Cuelgamuros. Se llama Aurelio.

—Pues tu querido Aurelio nos ha metido en este puñetero berenjenal burocrático con sus injustas disposiciones. —Lombardi frena con un gesto la protesta que se adivina en el rostro de Begoña—. Pero ni tú ni yo tenemos la culpa de



estas leyes cavernícolas que nos han impuesto. Si mi firma te concede esa libertad que necesitas, la tendrás. Y ojalá te visite pronto la cigüeña.

Con una sonrisa satisfecha, ella alza la mano y el sombrío individuo se levanta de su silla como un autómeta. Lleva una cartera de cuero a juego con su aspecto fúnebre, de la que extrae, en los pasos que separan ambas mesas, un expediente que entrega a Begoña antes de regresar a su sitio.

Ni siquiera lee el texto. Ya conoce de sobra aquel inventario de mentiras, y deja que su estilográfica rubrique lo que quiere imaginarse una orden de excarcelación para ella. Una buena obra.

—Ahí lo tienes.

Ella extiende el brazo para recoger el documento y le acaricia levemente la mano.

—Gracias, Carlos. Acabas de firmar también tu propia libertad.

—Descuida, que no tengo ninguna intención de volver a casarme, y menos por la Iglesia.

—No me refería a eso. Hablaba de tu libertad personal.

—¿Qué quieres decir?

Begoña se lo piensa antes de responder.

—¿Sabes? —dice por fin—. Durante los cuatro últimos años, los que dura mi noviazgo, no han sido pocos los que me decían que para qué pedir tu firma si bastaba con tu certificado de defunción.

—Bueno —replica él, entre confuso e irritado por el alcance de la frase—, cabrones los hay en todas partes.

—Si hubiera sido viuda todo habría sido más fácil para mí.

—Seguro que sí. —Lombardi tuerce el gesto y baja la voz—. Un accidente en la cárcel lo tiene cualquiera, o un par de tiros sin necesidad de explicaciones. Oportunidades han tenido, y hoy día no hay que justificar esas minucias.

—Pero yo no quería ser viuda, ¿lo entiendes?

—Es un consuelo —admite con un suspiro de alivio—. Y a pesar de la cara de imbécil que se me ha quedado al enterarme de lo que me cuentas, te estoy sumamente agradecido por ello. ¿Por qué no me lo has explicado así desde el principio?

—Quería que lo hicieras por mí, no por coacción. Y estaba segura de que seguías siendo un buen hombre; de que, a pesar de tus locas ideas, merecías una oportunidad.

Locas ideas, dice. Ni que hubiera militado en el POUM, no te jode. Claro que a una tradicionalista acérrima como ella Izquierda Republicana le debe de sonar ahora a cuerno de Satanás. Puede que sea influencia de su novio, pero antes no era tan meapilas, tan fachosa... O tal vez sí, y él no quería admitirlo.

—Así que has sido mi ángel de la guarda durante todos estos años —ironiza para ahorrarse una respuesta que solo generaría polémica.

—No, querido. Tengo la impresión de que tu ángel es mucho más poderoso que yo.

Begoña se despide y deja a su exmarido con la enigmática frase rondándole el magín. Él la ve perderse tras la puerta acristalada en compañía de su esperpéntico guardaespaldas, y desea sinceramente que esta vez sea para siempre. Ahora, hay que pasar por casa y abrigarse para la faena. Hace un par de semanas que vigilan por la noche un almacén de recambios automovilísticos cerca de la calle Embajadores donde se han producido varios robos. Hermes ha introducido un agente en la plantilla como mozo de carga, pero la agencia no tiene personal suficiente como para repartir la vigilancia nocturna, porque hay otros asuntos que atender. Así que la primera semana le tocó a Torralba y la segunda, que se cierra hoy, a él: una sucesión de noches en vela, y sin coche donde refugiarse ahora que el otoño, hasta el momento amable, empieza a ponerse fresco por las noches. Menos mal que el sereno de la zona colabora con gusto y se puede dar alguna cabezadita de vez

en cuando en un portal cercano que el propio funcionario municipal dispone a tal efecto mientras asume la vigilancia.

Lombardi se enfrenta a la lápida con ojos entrecerrados para protegerse del sol y del sueño acumulado durante una noche tediosa. Porque la guardia ha sido tan decepcionante como las previas: eternas horas rondando por callejones las cuatro fachadas de un edificio cerrado a cal y canto entre casi completa oscuridad, maldiciendo a los servicios de alumbrado del ayuntamiento y observando el correteo de los pocos gatos vivos que quedan en el barrio. Mendigos y borrachos como esporádica compañía, y demasiado tiempo para pensar: una bonita forma de saludar al domingo.

Ha desayunado en el primer bar que encontró abierto: café con leche, elaborado a base de posos de segundo o tercer recuelo, y media docena de grasientos churros que sirvieron al menos para templar el cuerpo. Un cuerpo que le pedía irse a dormir, pero al que ha exigido un esfuerzo añadido para cumplir con las demandas del afecto.

Porque hace cuatro años que no visita la tumba de Vicente en la fecha de su muerte, como solía hacer en cada efeméride del ocho de noviembre cuando tenía libertad para ello. Ha querido reparar esa deuda involuntariamente adquirida con un ramillete de claveles rojos; o encarnados, como llaman ahora a un color que está proscrito en el lenguaje cotidiano.

Vicente Fierro fue un referente en su adolescencia y juventud, un personaje que, casi entre bambalinas, le ayudó a construirse una personalidad frente al mundo, una forma diferente de mirar las cosas. Era un solterón empedernido amigo de su madre, un burgués diletante, casi aristocrático, un hombre que le abrió los ojos a las tertulias literarias, a las charlas y debates del Ateneo, y le sugirió sus primeras lecturas decisivas. Lombardi sabía que estaba un poco enamorado de su madre, o tal vez muy

enamorado; nada extraño, porque ella era una mujer hermosa y libre con no pocos rondadores, pero la suya era una pasión callada y sufriente que nunca verbalizó más allá de frases respetuosamente admirativas. Aunque hubo ocasiones en que el adolescente Carlos, a la vista del dulce trato que aquel hombre le dispensaba, llegó a sospechar, con no poca perplejidad, si no sería él mismo el objeto de aquella devoción platónica. Confusión definitivamente despejada muchos años después con el fallecimiento materno, en diciembre del treinta; un suceso que quebrantó hasta tal punto el ánimo de Vicente Fierro que a partir de entonces se trocó en un hombre esencialmente triste: escritor fallido, poeta frustrado, pensador utópico, y ahora, misántropo amargado.

Carlos Lombardi quiso ocupar el puesto de protector, intercambiar los papeles y devolverle en lo posible cuanto aquel hombre le había proporcionado de forma generosa durante años cruciales. Haciendo huecos en su trabajo, ya en la Criminal, le sacaba a regañadientes de su postración domiciliaria para sumergirlo de nuevo en el burbujeante mundo intelectual que propiciaban las libertades republicanas. Así, poco a poco, el esquivo carácter consiguió parecerse algo al del viejo enamorado, y cierta noche, en la terraza del Café Negresco, tras asistir a una insulsa conferencia en el Ateneo, el bueno de Vicente inició aquella conversación:

—Me habría gustado que fueras el hijo que nunca he tenido.

—Considérame como tal —le respondió el policía con una sonrisa de afecto—. Así me has tratado desde los diez años. Y sé cuánto querías a mi madre.

—Con toda mi alma —admitió Fierro con un suspiro que partía el corazón.

—¿Por qué no se lo dijiste nunca?

—Siempre he sido un teórico de la vida, Carlos. Y un cobarde en asuntos personales, que viene a ser lo mismo.

Mi planteamiento era así de simple: si se lo digo y me rechaza, no podría soportarlo; si callo, al menos me queda la esperanza. Ella era para mí como un regalo sin abrir que, mientras permanece envuelto, nunca te decepciona.

—Y envuelto se quedó para siempre. No se puede vivir solo de esperanza, Vicente.

Como padre adoptado, Vicente Fierro asistió en calidad de testigo a la boda de Carlos y Begoña en Bilbao, para lamentarse como corresponde cuando el matrimonio se fue a pique. Y se indignó como el que más con el levantamiento de los generales y sus tropas coloniales; no desde una posición ideológica concreta, porque un teórico nunca se rebaja a pelear en el barro cotidiano; pero sí vital, porque, según él, todo hombre que vista de uniforme, sea portero de hotel, guardia municipal o militar, está al servicio de los paisanos que le pagan, y el único sentido de las banderas es dar un poco de colorido a la lobreguez de los edificios oficiales.

Por eso resultó tan sorprendente que en el frío y neblinoso noviembre del treinta y seis se sumase a las milicias que defendían la Casa de Campo de la ofensiva fascista. Ninguno de sus conocidos, tampoco Lombardi, se enteró de la extraña decisión hasta la noche del día ocho, cuando su cadáver fue evacuado junto con los de otros milicianos caídos. Había siete cuerpos en la capilla ardiente; todos más o menos jóvenes, salvo el de un hombre de sesenta y un años parcialmente cubierto con la bandera de la CNT. De haber podido, Vicente habría protestado por semejante decoración; pero, al fin y al cabo, esa enseña era la que más se aproximaba a su espíritu peculiarmente libertario.

Lo enterraron al día siguiente en el cementerio del Este, mientras la brigada anarquista de Cipriano Mera reconquistaba el cerro Garabitas para tener que evacuarlo horas después. Un sepelio en una tumba elegante, con sus lúgubres y pétreos ángeles de mirada oculta entre las

manos y demás parafernalias fúnebres; porque Vicente Fierro pertenecía a una familia insigne venida a menos, y aunque viviese realquilado y no guardara un maldito céntimo en el banco, no estaba autorizado a decir que no tenía ni dónde caerse muerto; de hecho, es lo único que tenía en propiedad: un sepulcro de postín.

Ante esa mohosa lápida matizada de claveles se pregunta ahora Lombardi de qué sirvió su sacrificio, el de miles de seres humanos. Recuerdos pisoteados todos ellos, como el lecho de hojas secas que tapiza el cementerio. De qué ha servido su propio sacrificio, mucho menos cruento, pero igualmente cruel. Solo queda resistirse a la corriente, a esa marea negra que empapa cada minuto en este país de arengas desquiciadas. Una forma distinta de morir para quienes aún conservan la virtud de respirar: morir de miedo, de lamentos silenciosos y de voluntario anonimato. Pocas respuestas más puede darse, y por eso se limita a murmurar una sincera despedida hasta el próximo año si las circunstancias no lo impiden:

—No se puede vivir solo de esperanza, Vicente. Y a mí no me apetece nada vivir arrodillado.

En un quiosco de Ventas, antes de tomar el metro, compra el *ABC*. No es que ese diario se distinga mucho de los otros, pero últimamente se ha aficionado a los crucigramas, y los del antiguo portavoz monárquico son los mejores después de los del vespertino *Pueblo*. Los domingos, sin embargo, no sale el periódico de los sindicatos verticales y *ABC* saca el doble de páginas, que vienen muy bien para envolver y para otros usos domésticos menos confesables.

El periódico anuncia el inminente estreno de *La sombra de Frankenstein*, con Boris Karloff y Bela Lugosi como protagonistas principales. Aunque en la primera de tipografía, en titulares a toda plana, aparece una sombra mucho más estremecedora para la dictadura fascista de Su Excelencia el Jefe del Estado: el ejército norteamericano ha